

tuía su beneficio. Cuando la percepción de uno ó varios tributos exigía muchos empleados, una instalación costosa y grandes anticipos de dinero, se asociaban varias personas para proporcionar los fondos necesarios y compartir los riesgos y las ganancias, formando lo que se llamaba un partido. El gran partido de la sal, que explotaba casi todas las gabelas de Francia, era una sociedad por acciones en la que Madama de Joyeuse, hermana de la reina, estaba interesada por 150.000 escudos; el duque de Joyeuse por 160.000; d'O, superintendente de hacienda, por 65.000; el canciller de Chevigny por 70.000..., y el señor d'Amyot por 16.000, siendo muy probable que todos estos personajes sólo pusieron en la sociedad su reputación.

Los italianos, duchos en cosas de hacienda, habían, en un principio, acaparado estas empresas: los Gondi, los Sardini, los Adjazet, los Zamet y otros muchos habían hecho en ellas grandes fortunas. El nombre de Sardini (sardinas) se prestaba á jocosas comparaciones:

Qui modo sardini, jam nunc tunt grandia cete
sic alit italicos Gallia pisciculos (1).

La ciudad de París se quejaba, en 1575, de que en esta clase de negocios fuesen los extranjeros preferidos á los franceses; la exclusión de éstos no duró mucho tiempo, pero Champin, Noel de Here, Allemant, Claudio de Aubry, La Peistrate y Fachón rivalizaron en dureza con sus competidores extranjeros ó se entendieron con ellos.

Los arrendatarios se hacían adjudicar naturalmente los arriendos por el tipo más bajo posible, aprovechándose de los apuros del gobierno para tratar con él por la buena ó para suprimir la publicidad de las pujas. Las personas que ocupaban una posición elevada y los favoritos vendían su protección; así el gran partido de la sal, que tenía patronos como el superintendente de hacienda, el favorito, la hermana de la reina, el canciller y un secretario de Estado, debió de obtener el arriendo en las más favorables condiciones. Parece, decían los notables de 1583, que para este arriendo no se presentan todavía personas que hagan ofertas más ventajosas; es claro, ¡era tanta y tan poderosa la gente que tenía interés en impedir las pujas! Los que constituían un partido se aseguraban, con dinero contante y sonante, la connivencia de los miembros del Consejo y de los Parlamentos, y seguros de la impunidad, empleaban todas las violencias y todos los fraudes para estrujar al contribuyente: no daban publicidad á las tarifas de aduanas, percibían más de lo que estaba señalado y de una contribución de 10.000 escudos sacaban «mediante ejecuciones violentas é injuriosas, más de 50.000.» «Iban orgullosos y respetados, decía el orador del Tercer Estado en 1588, llevando á la grupa al alguacil para que, por su mandato, ejecutase á vuestros súbditos, y en las manos las avocaciones para distraernos y hacer pleitear en un Consejo de las partes, así llamado propiamente porque se decía que algunos jueces eran nuestras partes mismas. Tenían á su disposición los mandamientos para forzar la conciencia de los buenos

(1) Los Sardini (sardinas) de otro tiempo se han convertido en grandes ballenas. Así la Francia engorda los peccillos de Italia.

y violentar la autoridad y la religión de vuestros tribunales soberanos.»

La nación detestaba profundamente esa casta de personas, «plaga de hombres canallas y pollada de arpías salidas en una noche,» las cuales con sus investigaciones «habían huroneado el reino hasta las cenizas de las casas.»

El malestar económico fué lo que hizo que los pueblos fuesen sensibles á los vicios de Enrique III: el descrédito de los magnates, los afectos exclusivos del príncipe, su nerviosidad de mujer y sus depravaciones de esteta habrían permanecido ignoradas ó compensadas con sus manifestaciones piadosas, la creación de los penitentes, las procesiones, los votos, las peregrinaciones, el recuerdo de Moncontour y de Jarnac y el de la jornada de San Bartolomé; pero su mala administración rompió el equilibrio é hizo que las masas se inclinaren al odio. La irritación mantúvose latente durante mucho tiempo y acaso jamás habría hecho explosión sin la temible alarma que produjo la muerte del duque de Anjou: la Francia católica se resignaba con el gobierno de un mal rey, pero se enfurecía ante la idea de caer en manos «de un tirano hereje.»

CAPÍTULO V

LOS PRÍNCIPES Y LA NACIÓN CATÓLICA (2)

I. La Liga de 1585. — II. Enrique III y la Liga. — III. Proscripción de los protestantes

I.—La Liga de 1585

Los esfuerzos para constituir una «Liga» en 1576 no habían dado resultado. La sucesión al trono parecía asegurada por la juventud del rey y por la existencia de su hermano el duque de Anjou. Las libertades provinciales, los privilegios de la nobleza, la disminución de los impuestos que los amigos de los Guisa reclamaban, constituían las promesas triviales de un programa de

(2) FUENTES: Bagueault de Puchesse, *Lettres de Catherine de Médicis*, VIII, 1902. *Dialogue entre le Maheustre et le Manant: contenant les raisons de leurs débats et questions en ces présents troubles au royaume de France*, 1594. *Le proces Verbal d'un nommé Nicolas Poulain*, L'Estoile, III, pág. 345-371. *Mémoires de la Ligue, contenant les événements les plus remarquables depuis 1576 jusqu'à la paix accordée entre le roi de France et le roi d'Espagne en 1598*, nueva ed., Amsterdam, 1758, I. *Lettres d'Auger de Gisen, seigneur de Busbecq, ambassadeur de l'Empereur Rodolphe II auprès de Henri III*, 1582-1585, «Archives curieuses de Cimber et Danjou,» 1.^a serie, X. Teulet, *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Écosse au XVI siècle*, 1862, III. Loutchizky, *Documents inédits sur la Réforme et la Ligue*, Kiew, 1875. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, Introducción, «Pantheon littéraire.» D'Aubigné, *Histoire univ.*, VII. De Thou, IX. Matthieu, *Histoire de France de François I à Henri III*, I, 1631. Conde E. de Barthélemy, *Correspondance inédite de M. de Dinteville*, «Revue de Champagne,» 1879. Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 1.^a parte.

OBRAS DE CONSULTA: Barthélemy, *Traité de Nemours*, «Revue des Questions historiques,» abril 1880. Bouillé, *Les deux de Guise*, II. Fornerón, *Les Guise*, II. Fronde, *History of England*, XI y XII. Dr. Rihsam, *Johan Baptista vom Taxis, ein Staatsmann und militär unter Philipp II und Philipp III*, 1530-1610, Friburgo en Brigau, 1889. Loutchizky, *La Ligue catholique et les calvinistes de France* (en ruso), Kiew, 1877. Enrique de l'Épinois, *La Ligue et les papes*, 1886. Robiquet, *Paris et la Ligue*, 1886. Victor de Chalambert, *Histoire de la Ligue*, 1854, I.

oposición; pero la nobleza no se había mostrado unánime y las ciudades habían manifestado muy poco entusiasmo. En 1585, las circunstancias habían variado: Enrique III estaba desacreditado, no tenía hijos ni esperanza de tenerlos; el duque de Anjou acababa de morir (10 de junio de 1584), y el presunto heredero era aquel Enrique de Borbón, rey de Navarra, que, educado por Juana de Albret en el protestantismo y obligado á abjurar, bajo pena de muerte, el día de San Bartolomé, había vuelto á abrazar la religión de su madre apenas hubo reconquistado su libertad. El príncipe que, por virtud de la ley sálica, había de ocupar el trono á la muerte de Enrique III era hereje, y contra él se coligó la nación.

Desde que el duque de Anjou se puso enfermo, los partidos habían tomado sus posiciones. Enrique III, que comenzaba á temer al duque de Guisa más que á los hugonotes, intentó atraerse al rey de Navarra; por otra parte, el rey de Francia era el defensor natural del derecho dinástico, y como las leyes del reino llamaban al trono á Enrique de Borbón y el único obstáculo para el advenimiento de éste era la herejía que profesaba, el monarca le envió á D'Epernon para exhortarle á que se hiciese católico. El rey de Navarra recibió con la mayor cortesía al favorito de Enrique III y se puso, por decirlo así, á su disposición; y acompañado de un séquito poco numeroso, paseó desde Pau á Nerac al emisario, que llevaba una escolta de 1.500 caballos. Algunos de sus amigos le instaban para que aceptara sin discutir las proposiciones de Enrique III, y á las protestas del ministro Marmet contra la idea de una apostasía contestaba Roquelaure: «Le proponen (al rey de Navarra) por un lado la corona de Francia y por otro un par de salmos: ¿cuál debe escoger, en vuestro concepto?» La desconfianza que al rey de Navarra inspiraba una corte pérfida; el temor de enajenarse las simpatías de los protestantes sin captarse las de los católicos y seguramente también escrúpulos de conciencia y de dignidad le impidieron convertirse. Después de esta negativa, Enrique III no se atrevió á reconocerlo públicamente como sucesor suyo, pero siguió manifestándole benevolencia y hasta autorizó la reunión en Montaubán de una asamblea general del partido protestante.

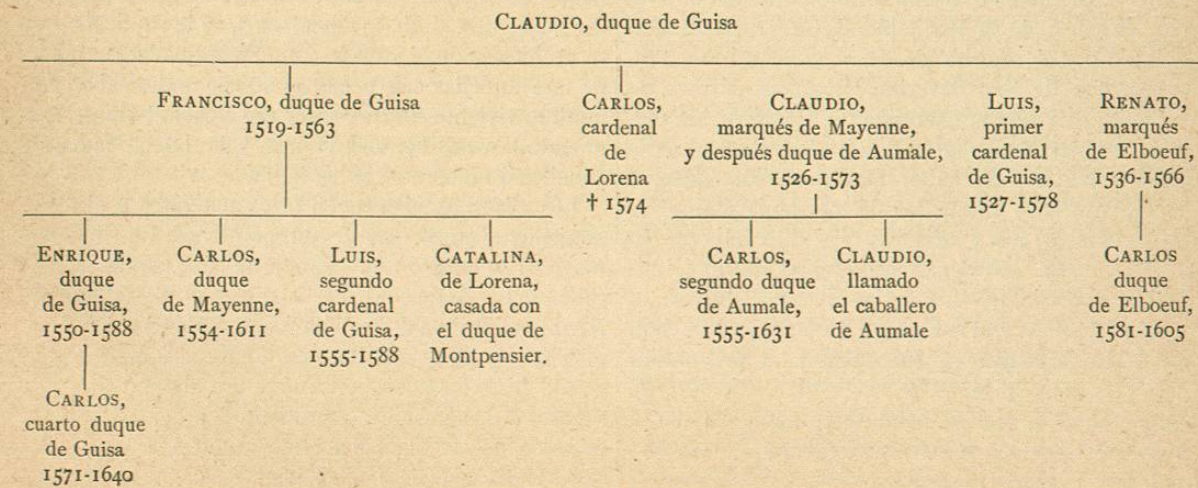
Los príncipes católicos, por su parte, se ponían de acuerdo. Los tres hijos de Francisco de Guisa no eran menos ambiciosos que su padre y su tío, el cardenal de Lorena: el mayor, Enrique, que entonces tenía treinta y cuatro años, asociado á todos los proyectos de Gregorio XIII contra Isabel, y en relaciones con María Estuardo, en aquel entonces presa, y con su hijo el rey de Escocia, Jacobo VI, proyectaba desembarcar en Escocia, en donde las intrigas católicas tomaban mal cariz, ó invadir Inglaterra con tropas españolas; pero la enfermedad del duque de Anjou le inspiró más altos proyectos y le hizo pensar que podía esperar todo de los católicos franceses si les desembarazaba del pretendiente hereje. Sus hermanos, el duque de Mayenne y el cardenal de Guisa, arzobispo de Reims y el beneficiado más rico del reino el uno, y jefe de ejército, si no hábil, por lo menos afortunado, el otro; y sus primos hermanos, los duques de Aumale y de Elboeuf, grandes señores y capitanes, le ayudaban á sostener el catolicismo y la fortuna de su casa que al catolicismo estaba unida (1). Otro Lorena, el duque de Mercoeur, hermano de la reina, á quien Enrique III había casado con la rica heredera de los Martigues-Luxemburgo y nombrado gobernador de Bretaña, había abrazado la misma causa por razones de interés y de religión. El duque de Nevers, Luis de Gonzaga, uno de los inspiradores de la matanza de San Bartolomé, luchando entre sus deberes de súbdito y la causa de Dios, apenas se había declarado adicto á un partido, sus escrúpulos le llevaban al otro.

El duque de Guisa había escogido por testafarro al cardenal de Borbón, un infeliz de sesenta años, sin seso, violento y débil, sin más móviles que la ambición y la vanidad, y le había sugerido la idea de hacerse dispensar los votos y de declararse candidato á la sucesión de un rey de treinta y tres años. El cardenal dió aires de caballero y sus cómplices le trataban en público de gran duque de Borbón, sin perjuicio de burlarse entre ellos de su majadería.

Los duques de Guisa y de Mayenne, el duque de Nevers, el barón de Senecey, presidente de la nobleza en los Estados generales de 1576, y algunos otros señores se reunieron en Nancy, en casa de Bassompierre,

(1) CUADRO GENEALÓGICO DE LA FAMILIA DE LOS GUISA

en el que sólo están incluidos los personajes interesantes para nuestro relato



para reconstituir la Liga. Después de la muerte del duque de Anjou, el peligro que amenazaba al catolicismo conmovía a las masas, y era fácil excitar en éstas los sentimientos de odio a la herejía y de temor a las represalias. El duque de Lorena les prometió sus simpatías y el rey de España su concurso. Gregorio XIII aprobó la Liga, pero se negó a «despachar» nada en su favor; a su muerte, acaecida en 10 de abril de 1585, Nevers fué a Roma para explicar al nuevo papa Sixto V la conducta de los príncipes católicos y pedirle una aprobación que tranquilizara su conciencia.

El rey de España encontraba al fin una ocasión para vengar las injurias de los Países Bajos y devolver a los Valois golpe por golpe. Sus relaciones con los Lorena no habían estado nunca interrumpidas, pero ahora la comunidad de sentimientos y de intereses vino a parar en un tratado formal que fué negociado secretamente y firmado en el castillo de Joinville por Juan Bautista de Taxis y Juan Moreo, embajadores de España, por Maineville, representante del cardenal de Borbón, por el duque de Guisa y el duque de Mayenne. El cardenal de Guisa y los duques de Aumale y de Elboeuf habían enviado sus procuraciones, y el tratado quedaba abierto por si Nevers y Mercœur querían adherirse a él (31 de diciembre de 1584).

Los contratantes formaban una Santa Liga ofensiva y defensiva y perpetua «sólo para la tuición, defensa y conservación de la religión católica, apostólica y romana» y para la entera extirpación de todas las herejías en Francia y en los Países Bajos; declaraban a los Borbones herejes excluidos del trono, reconocían al cardenal de Borbón como futuro rey y le trazaban los deberes que había de cumplir después de su advenimiento y que eran la destrucción de la herejía y la aceptación del Concilio de Trento. Felipe II concedía un subsidio de 50.000 escudos mensuales para apresurar los armamentos y prometía entregar en los seis primeros meses la contribución de todo un año, y los príncipes católicos se comprometían a devolverle el castillo y la ciudad de Cambrai, única conquista del duque de Anjou.

La nación no esperó la consigna de los príncipes. El *Dialogue du Maheustre et du Manant* («Diálogo del soldado protestante y del campesino»), que es nuestra principal fuente de información respecto de los orígenes de la Liga de 1585, afirma que en París el movimiento fué espontáneo. Según el autor anónimo de este libelo, el señor de la Rocheblond, Carlos Hottemán, impulsado por el espíritu de Dios, concertó con Prevost, párroco de San Severino, Boucher, párroco de San Benito, y Launoy, canónigo de Chalóns, los medios de conjurar los peligros que amenazaban al catolicismo, y después de haber hecho oración, designó cada uno de ellos a aquellos de sus amigos que les parecían más dignos y más capaces de colaborar en esta obra santa. Hottemán propuso al abogado Luis Dorleáns y Acarie, maestro de las Cuentas; Prevost, al abogado Caumont y al mercader Compáns; Boucher, al abogado Mignager (ó Menager) y al procurador Crucé; y Launoy, al señor de Manoeuvre, miembro de aquella familia de los Hennequin que había de dar a la Liga dos obispos, Jerónimo Hennequin, obispo de Soissons, y Aimar Hennequin, obispo de Rennes. A

estos primeros adeptos se agregaron el señor de Effiat, hidalgo de Auvernia, Pelletier, párroco de San Jacobo, maese Juan Guincestre, entonces bachiller en teología, el señor de La Chapelle-Martreau, que fué después preboste de los mercaderes, Bussy-Leclerc, procurador del Parlamento, el comisario Louchart, La Morliere, notario, el electo Roland y su hermano. De esta suerte varios curas, un hidalgo de provincia y algunos abogados, procuradores y mercaderes formaron el primer núcleo de la Liga parisense; la burguesía media era la que marchaba delante, pues las grandes familias parlamentarias eran demasiado prudentes para aventurarse con demasiada precipitación en aquella empresa.

Estos primeros ligeros, constituídos en sociedad secreta, nombraron un consejo director de nueve miembros que tenía la gestión suprema de los asuntos de la asociación, pero sin dejarse ver. Únicamente La Rocheblond y otros cinco ligeros de nota transmitían las órdenes, reclutaban nuevos adeptos y hacían propaganda; estaban atentos a lo que se decía, comunicaban las noticias y venían a ser los ojos y los oídos del Consejo en medio de París. Compáns tenía bajo su vigilancia la Cité; Crucé, los dos barrios de la Universidad con los arrabales de Saint-Marcel, Saint-Jacques y Saint-Germain que de ellos dependían; y La Chapelle, Louchart y Bussy-Lecrec observaban la ciudad, es decir, los barrios de la orilla derecha. Los cinco estaban agregados al Consejo director, cuyas sesiones se celebraban ora en casa de uno, ora en casa de otro de sus miembros, las más de las veces en el silencio y en el misterio de los conventos y de los colegios, en la Sorbona, en los Cartujos, en la habitación que Boucher tenía en el colegio Fortet, que se denominó la cuna de la Liga. El grabador Merigot, que tenía su tienda al pie de la escalinata del palacio, sabía el sitio en donde se celebraba la reunión y lo indicaba a los miembros del Consejo.

La propaganda se hacía con extremada prudencia y la afiliación se practicaba de hombre a hombre. La Rocheblond «y sus cinco confederados» se dirigían a las personas de ellos conocidas, y les hacían algunas insinuaciones, pero sin decir una palabra de la organización del partido; y cuando se creían seguros de una adhesión sometían el nombre de su candidato al Consejo, el cual, a su vez, abría una información... Si por casualidad alguno de los seis se había aventurado a hablar de alguien que fuese reconocido como hombre de mala vida ó de malos afectos, se le suplicaba que se deshiciera de él y no le comunicara nada; de manera que aquellas seis personas no se comunicaban con hombre viviente sin que antes el Consejo hubiese examinado la vida, las costumbres y la buena fama de aquellos a quienes se había hablado...»

Los seis se asociaron con otros auxiliares y el reclutamiento alcanzó mayores proporciones: La Chapelle-Martreau se dedicó a la Cámara de las Cuentas, el presidente Le Maitre al Parlamento, el presidente de Neuilly al Tribunal de Arbitrios, y Roland a los generales de las Monedas. Pero en donde más rápidos progresos hizo la asociación fué entre los funcionarios subalternos, alguaciles, escribientes, procuradores, comisarios, en la sociedad fogosa, inquieta y necesitada de la Curia y de la Universidad. El Chatelet dió gran

número de adeptos, entre ellos La Bruyere, teniente particular, Drouard, abogado, Crucé, procurador, y Michelet, alguacil de vara. Enrique III tenía, al parecer, el convencimiento de que el tribunal del prebostazgo de París estaba al lado de la facción y, según cuenta L'Estoile, se divirtió preguntando al cardenal de Borbón si haría valer sus derechos a la corona en competencia con Enrique de Navarra; el infeliz purpurado, después de haber negado durante mucho tiempo que pensara en suceder a un rey más joven que él, acabó por declarar que no cedería el puesto a su sobrino, ó lo cual por el rey «díjole éste sonriendo y dándole golpecitos en la espalda: «Mi buen amigo, el Chatelet os daría la razón, pero el Parlamento os la quitaría.» Y al instante se fué burlándose de él.»

El pueblo estaba muy minado. Los puertos y los mercados veíanse frecuentados por una multitud de busca-vidas violenta y batalladora que ponía al servicio del motín el vigor de sus brazos y la potencia de su voz. El comisario Bart y el alguacil de vara Michelet habían ganado para la causa a los marineros y mozos de río de la orilla derecha, «que son en número de más de quinientos y todos malas gentes.» Las corporaciones, aunque en gran decadencia, constituían aún una fuerza apreciable: los matarifes, acostumbrados a la sangre, y los carniceros, sus cofrades, se habían alistado en una aventura que prometía golpes y fuertes sensaciones y formaban un grupo de 1.500 hombres resueltos. El comisario Louchart había catequizado a los chalanes, gente interesada en la guerra y que formaba un contingente de más de 600 hombres. La Liga organizaba en París, a la vista misma del rey, el ejército de la revolución.

Todos los actos de Enrique III merecían sus censuras: ¿no había enviado 200.000 escudos al rey de Navarra para hacer la guerra a los católicos? ¿No se entendía con la reina de Inglaterra que últimamente le había conferido la orden de la Jarretiera? También se propalaba el rumor de que el rey de Navarra había firmado el 16 de diciembre de 1584 en Magdeburgo, un concordato con Isabel, el príncipe de Orange, el protector de Escocia y los príncipes protestantes de Alemania, y se había puesto de acuerdo con ellos para invadir la Francia en marzo de 1585, y se decía, además, que 10.000 hugonotes, escondidos en el arrabal de Saint-Germain, sólo esperaban una señal para ejecutar una matanza por el estilo de la de San Bartolomé, pero de fieles católicos.

Una vez constituído el partido, el señor de La Rocheblond y sus amigos se pusieron en relaciones con los príncipes católicos. Desde hacía mucho tiempo, la ciudad de París profesaba grandes simpatías a los Guisa; había llorado al vencedor de Calais, asesinado por Poltrot de Meré, y le había hecho magníficos funerales. Enrique de Guisa había heredado la popularidad de su padre: sus hazañas contra los protestantes, su herida en el rostro y el sobrenombre de *Acuchillado* que llevaba como su padre y por la misma razón que éste, habían reavivado las simpatías que su nombre y su raza inspiraban. No tenía en el combate ni la sangre fría ni el golpe de vista de Francisco de Guisa, como lo probaban el hecho de haber estado a punto, en La Roche Abeille, de perder el ejército a consecuencia

de una carga imprudente, y el de haberse batido en Dormáns como un simple soldado y dejado herir de un arcabuzazo por un lansquenete a quien persiguió hasta un soto; pero este valor loco entusiasmaba a los parisenses, quienes le reverenciaban como hijo de un mártir y le aclamaban como el capitán del partido católico. Sus pasiones y sus ambiciones tendían al mismo fin, así es que fué fácil llegar a un acuerdo: los ligeros y los príncipes resolvieron perseguir mancomunadamente la conservación de la religión romana, el exterminio de la herejía y también la reforma de los «vicios, impiedades, injusticias y males» que tenían corrompidos todos los órdenes.

II.—Enrique III y la Liga

Cuando los príncipes católicos se hubieron asegurado el concurso de los ligeros parisenses, lanzaron desde Peronne, cuna de la Liga de 1576, su famosa *Declaración de las causas que han impulsado a Monseñor el cardenal de Borbón y a los pares, príncipes, señores, ciudades y comunidades católicas de este reino de Francia: Oponerse a los que por todos los medios se esfuerzan en subvertir la religión católica del Estado* (30 de marzo de 1585). Trátase, en efecto, en este documento de los peligros a que estaría expuesta la religión con la muerte de un rey sin hijos, y de los alistamientos que realizaban los jefes protestantes en el extranjero. Pero muy pronto surgen otras preocupaciones: los príncipes católicos hacen el proceso de esos favoritos «que, habiéndose insinuado en la amistad del rey nuestro príncipe soberano..., se han apoderado en cierto modo de su autoridad para mantenerse en la grandeza que han usurpado.» Estos favoritos, es decir, D'Epernon y Joyeuse, tienen secuestrado al rey; «alejan de la conversación privada de Su Majestad no sólo a los príncipes y a la nobleza, sino también a sus más allegados, no permitiendo que se acerquen a él más que los que son de ellos dos;» dan a sus amigos las mercedes y los gobiernos; obligan a los altos funcionarios a vender sus cargos para tomarlos ó darlos; se hacen con todo el oro del reino, y se entienden con los financieros, costando tan caros en tiempo de paz como el mantenimiento de un ejército en tiempo de guerra. No se ha cumplido la promesa hecha a los Estados generales de 1576 de reunir a todos los súbditos en una sola religión, sino que se ha preferido debilitar la autoridad de los príncipes y señores católicos; y todos los órdenes del Estado sucumben al peso de las cargas públicas. Por estas justas causas, el cardenal de Borbón y sus asociados habían «jurado y santamente prometido consagrar sus energías y armas» a restablecer la religión en su dignidad, a restituir a la Nobleza toda su franquicia, a aliviar al pueblo, a defender los derechos de los Parlamentos y de los empleados y a reclamar la celebración de Estados generales libres cada tres años.

Aquel documento era más bien un manifiesto de descontentos que una profesión franca y clara de ortodoxia y en él se prometía a la vez, sin tener en cuenta la contradicción que ello entrañaba, la disminución de los impuestos y la guerra contra los protestantes; pero la declaración era hábil puesto que resumía todas las quejas de la nación y ofrecía dar satisfacción a todas, y aun

intentaba dividir la familia real aludiendo al papel un tanto secundario á que se veía reducida Catalina de Médicis desde que su hijo se había entregado á esos favoritos de grandes ambiciones. Los príncipes católicos se dirigían á la reina madre como á una especie de árbitro y le suplicaban que interpusiera sus buenos oficios entre el rey y unos súbditos de cuyo celo y abnegación tenía ella pruebas bastantes.

El rey se tomó el trabajo de contestar á aquel documento de acusación, y pasando muy ligeramente sobre los ataques personales, extendióse largamente sobre el capítulo de la religión. ¿Quién se había mostrado más celoso que él en pro de los intereses de la Iglesia? ¿Acaso desde su primera juventud no había luchado por ella con las armas en la mano? Se le echaba en cara que dejase en paz á los hugonotes, pero ¿de quién era la culpa? ¿Por ventura los Estados generales de 1576 no le habían negado los subsidios de guerra? Por otra parte, la paz en que se había visto obligado á vivir á causa de la mala voluntad de los Estados no había dejado de reportar sus ventajas á la religión; en efecto, el culto católico había sido restablecido en muchos sitios en donde lo habían abolido las partidas protestantes; con la tranquilidad habíanse repoblado los campos; las reformas que reclamaba la Iglesia se habían hecho posibles; los beneficios habían sido por él cuidadosamente conferidos á personas dignas de desempeñarlos, y el Clero se había reunido varias veces en sínodos provinciales. Preocupábanse ya de la elección de su sucesor, y era «desconfiar demasiado de la gracia y bondad de Dios, de la salud y vida de su dicha Majestad y de la fecundidad de la dicha señora reina, su mujer, promover desde ahora tal cuestión y aun tratar de resolverla por medio de las armas.» La guerra, lejos de remediar un mal incierto, no haría más que llenar el reino «de fuerzas extranjeras, de parcialidades y discordias inmortales, de sangre, de asesinatos y de bandidajes sin fin.» «Y he aquí, exclamaba irónicamente el monarca, que la religión católica será restablecida; que el eclesiástico se verá libre de diezmos; que el hidalgo vivirá sosegado y seguro en su casa y gozará de sus derechos y prerrogativas; que los ciudadanos y habitantes de las ciudades estarán exentos de guarniciones y que el pobre pueblo se encontrará aliviado de las gabelas y de los impuestos que hoy pesan sobre él» (abril de 1585).

Guisa juntaba tropas de todas partes; reclutaba lansquenets y raitres en Alemania; alistaba 6.000 suizos que debía traerle el coronel Pfyffer, y en todas partes también preparaba inmensos depósitos de armas. París era el gran mercado de abastecimientos; y aunque el rey había ordenado á los armeros y á los quincalleros que no vendiesen armas más que á las personas de toda confianza, la Liga se había procurado los medios de defenderse y de atacar. Para ello había comprado á fuerza de dinero á Nicolás Poulain, teniente del prebostazgo de la Isla de Francia, que por su condición estaba á cubierto de toda sospecha, y le hacía realizar las compras. Este funcionario regio, para justificarse, quiso hacer ver más adelante, en un curioso proceso verbal, que había hecho traición al rey para servirle mejor y que había aceptado el papel de agente venal de la Liga para conocer sus secretos y entregarlos á Enrique III; pero se sabe que se los vendía y que comía á dos carrillos.

—La municipalidad parisiense, que no pertenecía á la Liga y vigilaba bien, hizo detener en Lagny-sur-Marne una barca procedente de París que remontaba hacia Chalóns en Champaña (12 de marzo) y que iba cargada, según dice L'Estoile, de armas «entre las cuales se encontraron hasta setecientos arcabuces y doscientos cincuenta coseletes.» El duque de Guisa reclamó este cargamento comprometedor, declarando que lo hacía llevar á su casa de Joinville «para la seguridad de su persona» (5 de abril de 1585).

De suerte que confesaba el levantamiento; pero ténase en cuenta que en aquella sazón ya nada tenía que ocultar, puesto que sus parientes, los duques de Elboeuf, de Aumale y de Mercoeur sublevaban la Normandía, la Picardía y la Bretaña; La Chatre, gobernador del Berry, le entregaba Bourges; Mayenne ocupaba Dijón, Macón y Auxonne; D'Entragues recibía en Orleans á cañonazos á las tropas leales que mandaban D'Aumont y Montpensier (21 de abril); y Mandelot, gobernador de Lyon, descontento de la corte, arrasó la ciudadela que dominaba la ciudad (5 de mayo). El Delfinado siguió el impulso: Guisa ocupó Verdún y Toul y cerró al rey el camino de los socorros de Alemania, deteniendo á Schomberg que iba allí para reclutar soldados; pero no se atrevió á intentar nada contra Metz, en donde el duque de Epernon había «instalado tempranamente á varios hidalgos, á sus servidores particulares y á muchos soldados.»

Casi todas las provincias del Norte y del Centro y casi todas las grandes ciudades se pusieron de parte de la Liga; el Mediodía y el Oeste permanecieron fieles al rey. El mariscal de Matignón contuvo la ciudad de Burdeos y el mariscal de Joyeuse la de Tolosa; en Marsella, la población castigó por sí misma á los rebeldes, prendiendo y ejecutando (13 de abril) al segundo cónsul Daries y al capitán de barrio Boniface, que habían tramado un complot para entregar la ciudad á De Vins, jefe de los ligueros provenzales.

Pero estos hechos aislados en nada disminuían la gravedad de la situación. Para resistir á los príncipes católicos habría sido preciso buscar la ayuda del rey de Navarra y aceptar los socorros de la reina de Inglaterra, remedios tan peligrosos como la misma enfermedad. El rey se había dejado sorprender y no tenía soldados ni dinero; el banquero Zamet le anticipó las sumas necesarias para reclutar suizos, pero ¿llegarían éstos á tiempo? Guisa había establecido su cuartel general en Chalóns-sur-Marne, y allí juntaba mercenarios suizos y alemanes, formando con ellos partidas que á fines de abril habían adelantado sus avanzadas hasta cerca de Epernay. París estaba amenazada y no se veía muy segura, como lo demostraban las medidas adoptadas por el rey; los deceneros, de guardia en las puertas de la ciudad, debían dar parte diariamente al gobernador de la plaza de los que entran y salían; los barqueros tenían prohibido pasar y repasar el río en la ciudad y en dos leguas á la redonda desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada; y los ciudadanos venían obligados á declarar las personas que alojaban en sus casas, los nombres de sus servidores y el número de caballos. La guardia de las puertas fué reforzada y los jefes de la milicia sospechosos fueron destituidos y reemplazados por el rey con oficiales togados y militares.

Enrique III temía también por su persona, así es que creó una nueva guardia de corps, llamada de los Cuarenta y cinco, «para que estuviera siempre junto á él;» esta guardia se componía en su mayor parte de segundones de Gascuña que todo lo habían de esperar de su favor y que le eran adictos hasta la muerte y hasta el crimen.

III.—La proscripción de los protestantes

El monarca fiaba sobre todo en la diplomacia de su madre. La declaración de Peronne, en la que los ligueros ponían á Catalina por testigo de la pureza de sus intenciones, parecía invocar su mediación; pero la reina madre no había esperado este llamamiento, sino que se había puesto en camino el día 30 de marzo. Al principio Guisa se complació en apurar su paciencia y evitar su encuentro, dejándola que se consumiera en Epernay durante casi todo el mes de abril; y cuando se decidió á visitarla se presentó ante ella animado de la peor voluntad. El cardenal de Borbón, cuando se encontraba solo con ella, daba hondos suspiros, lloraba y confesaba francamente haber cometido una gran locura; pero la aparición de Guisa atajaba aquellas expansiones y hacía perder á Catalina todo el terreno que en aquellas entrevistas conquistara.

La reina madre creía equivocadamente que, concediendo á los príncipes un buen edicto contra los herejes, los tendría más propicios cuando se tratara de la cuestión de las seguridades y de los favores; pero Guisa estaba resuelto á adoptar precauciones contra un cambio de criterio de Enrique III, y por consiguiente llevaba las negociaciones con «el palo en alto» y encontraba siempre insuficientes las concesiones que Catalina proponía. Y, sin embargo, ni el cardenal de Borbón ni él dejaban nunca de representar la comedia del desinterés; así en el *ultimátum* que presentaron al rey con el nombre de *Petición al rey y última resolución* (10 de junio) pedían tan sólo un Edicto contra los herejes, sin reserva ni restricción, que obligara á todos los súbditos á hacer profesión de la religión católica y declarase á «los dichos herejes... incapaces de obtener empleos, dignidades y cargos públicos. Este Edicto había de cumplirse inmediatamente, corriendo su ejecución á cargo de las fuerzas que á su disposición tenían los ligueros y otros católicos; con esta condición los príncipes, para quitar todo pretexto á las calumnias, ofrecían al rey «renunciar á todas las seguridades que no sean las que dependen de su gracia, de su inocencia y de la benevolencia de las personas de bien.» Pero estas protestas de desinterés no eran sinceras y fué preciso entregarles el poder, lo mismo que los herejes (tratado de Nemours, de 7 de julio de 1585). El rey tomó á su cargo las fuerzas extranjeras reclutadas por la Liga; concedió, pagándola de su bolsillo, una guardia á caballo á los principales jefes católicos; cedió por cinco años Soissons al cardenal de Borbón, Rue al duque de Aumale, Beaune y el castillo de Dijón á Mayenne, y Dinán y el Conquet al duque de Mercoeur. Guisa, á quien cupo la mejor parte, obtuvo Verdún, Toul, Saint-Dizier y Chalóns; y todos sus amigos fueron gratificados con mercedes, pensiones y gobiernos.

En cumplimiento del mismo tratado, Enrique III

llevó al Parlamento, en 18 de julio, un Edicto que revocaba todos los Edictos de pacificación anteriores, prohibía el ejercicio del culto reformado, ordenaba á los ministros protestantes que salieran inmediatamente del reino y no dejaba á los fieles de la nueva religión otra alternativa que convertirse ó salir desterrados dentro de un plazo de seis meses. Además se declaraba á los protestantes incapaces de ejercer ningún cargo público y se les exigía la restitución de las plazas de seguridad.

Este Edicto era el más severo de cuantos contra ellos se habían promulgado desde el comienzo de las guerras civiles. Al rey de Navarra, jefe de los protestantes, se le desposeía de todos sus derechos; y algún tiempo después refería este príncipe al historiador Mathieu que al tener noticia de la proscripción de su partido había sido tan grande su emoción que se le había encanecido la mitad del bigote.

El partido católico, constituido como un Estado dentro del Estado, juntaba sus fuerzas á las de la monarquía para aplastar al protestantismo: en 1576, Enrique III había procurado explotar las pasiones religiosas en su propio interés; ahora era la Liga la que le imponía sus jefes, su programa y sus soldados.

CAPÍTULO VI

EL PRESUNTO HEREDERO PROTESTANTE (1)

I. Decadencia de la herejía. — II. Llamamiento de los partidos á la opinión. — III. Guerra y negociaciones. — IV. Victoria del rey de Navarra. — V. Derrota del ejército de socorro.

I.—Decadencia de la herejía

Refiere L'Estoile que Enrique III, el día en que hizo registrar en el Parlamento el edicto de 18 de julio, dijo al cardenal de Borbón: «Tío, contra mi conciencia, pero muy de buen grado, vine antes aquí para ha-

(1) FUENTES: *Mémoires de la Ligue*, II, 1578. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824-25, II, III, IV. *Lettres-missives de Henri IV*, II. *Mémoires-journaux de L'Estoile*, tomos II y III. *Mémoires de la Huguerye*, II y III. Von Bezold, *Briefe des Pfalzgrafen Johann Casimir*, 1884, II. D'Aubigné, *Histoire universelle*, VI. De Thou, IX. La Huguerye, *Ephéméride de l'expédition des Allemands en France, août-déc 1587*, publicada por el Conde Leonel de Laubespain, «S. H. F.», 1892. (La Chastre), *Histoire contenant les plus mémorables faits advenus en l'an 1587 tant en l'armée commandée par monsieur le duc de Guyse qu'en celle des Huguenots conduite par monsieur le duc de Bouillon. Le tout envoyé par un gentilhomme français à la reine d'Angleterre*, Lyon, 1588. «Archives curieuses», 1.^a serie, XI. *Mémoires de Jacques Pape de Saint-Auban (1563-1587)*, publicadas por Edm. Maignien, 1900, y Michaud y Poujoulat, 1.^a serie, XI. De Villegomblain, *Mémoires des troubles arrivés en France sous les régnes des rois Charles IX, Henry III et Henry IV avec les voyages des sieurs de Mayenne et de Joyeuse au Levant et en Poutou*, 1668. *Chroniques fontenaisiennes, 1574-1586*, publicadas por La Fontenelle de Vaudoré, 1841.

OBRA DE CONSULTA: Barón de Hübner, *Sixte-Quint*, París, 1870, II. Bouillé, *Histoire des ducs de Guise*, III. Fornerón, *Les ducs de Guise*, II. D'Aumale, *Princes de Condé*, II. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*, 1887. Robiquet, *Paris et la Ligue*, H. de L'Épinois, *La Ligue et les papes*, 1886. Tuéty, *Les Allemands en France et l'invasion du comté de Montbéliard par les Lorrains*, 1587-1588, 2 vol., 1883. Guido de Bremond d'Ars, *Conférences de Saint-Brice*, «Revue des Questions historiques», XXXVI, octubre de 1884; del mismo, *Le Père de Rambouillet, Jean de Vivonne*, París, 1884. Segesser, *Ludwig Pfyffer und seine Zeit*, III, 1.^a parte, 1585-1589, Berna, 1882.